

tantos milagros de la Providencia, y que acaso os ha obligado á numerosos sacrificios, á que no os dejéis llevar sino de aquellos que tienen autoridad sobre vosotras.

Dejaos reconvenir, dejaos humillar, dejad que os desgarran el corazón, y dejad sobre todo, y á toda costa, arrancar de vuestra alma los gérmenes de maldad.

¡Oh! Vosotras, sobre quienes está fundamentada la esperanza de la comunidad, si estáis llamadas á ser algún día penosa cruz para esa santa casa que os ha recibido con tanto amor, ¡ay de vosotras si algún día habéis de lacerar el corazón de vuestra madre, escandalizar á vuestras hermanas, servir de instrumento al demonio! No os diré yo en tal caso, *volvéis al mundo*, sino, por el contrario: *Pedid á Dios, que no os rehusará tal gracia, ahora que tanto le amáis; pedidle, digo, morir durante vuestro noviciado.*

Ante todo, ¡ganad el cielo!

CAPÍTULO V

VIRTUDES QUE DEBEN ADQUIRIRSE Y PRACTICARSE DURANTE EL NOVICIADO

Las virtudes especiales del noviciado, las que las novicias deben ante todo afanarse por adquirir, son: la *obediencia*, la *caridad fraternal*, la *humildad*, la *mortificación* y la *sencillez*.

Son el *fruto*, ó más bien el *resultado* del es-

píritu que reina en el noviciado, y que, ya lo hemos dicho, se insinúa por sí mismo en el alma que acude para entregarse á Dios sinceramente.

Explicaremos ante todo el lado práctico de esas virtudes, reservándonos volver á tratar de algunas en el *Libro de las Profesas*.

El lado práctico de las virtudes, ¿no es principalmente el trabajo del noviciado? La novicia que haya adquirido la costumbre de ejercer actos de *humildad* y de *abnegación*, ¿no se unirá con mayor amor á estas virtudes, cuando más adelante estudie la naturaleza y la importancia de sus diversos grados? Bastarále por el momento saber que Dios quiere que ejecute tales ó cuáles actos, y que esos actos, practicados con pureza de *intenciones*, la santificarán (1).

¿No podría la maestra de novicias imponer, cada ocho ó cada quince días, la práctica de una de las virtudes de que vamos á hablar, para que fuese la *virtud del noviciado* durante esa octava ó esa quincena; esto es, para que durante ese tiempo cada novicia se esforzase para realizar determinados actos?

El nombre de la virtud podría exponerse públicamente en la sala de novicias.

En el acto ó en el día designados cada novicia daría cuenta, con sencillez, de los *actos*

(1) Esta virtud, común á todo el noviciado, no impediría á cada novicia aplicarse á adquirir la virtud particular que le hubiera sido designada por la maestra ó por el confesor.

que hubiera practicado, ya porque se hubiera atemperado á los que aquí se indican, ó porque la bondad divina le inspirase otros.

Cada quince días se cambiaría de propósito, que se renovarían alternativamente, practicando siempre alguna de las cuatro virtudes enunciadas.

Nos parece que de ese modo podría mantenerse la emulación y, ante todo, la unidad de los esfuerzos.

I

La obediencia.

La obediencia, que consiste en someter la *voluntad propia* á la *voluntad de otro*, es, según todos los santos y todos los doctores, la virtud especial de la vida religiosa.

«No ser obediente—dice santa Teresa—es no ser religioso.»

La obediencia prepara el alma á adquirir las demás virtudes; ella destruye poco á poco los gérmenes de las malas inclinaciones. Ella hace desaparecer las asperezas del carácter. Pule cuanto hay de grosero, suaviza lo que hay de rudo en el alma, y obra para con los individuos de una comunidad á la manera que el fuego, ablandando los más duros metales, poniéndolos en fusión y permitiendo verterlos en un molde del cual saldrán con una forma nueva.

Si durante el noviciado habéis practicado esta virtud con constancia, ¡oh cuán piadosa,

qué ferviente, qué santa y feliz vida haréis en lo sucesivo (1)!

La obediencia parece difícil al comienzo; obliga en un principio á abnegaciones que lastiman el corazón, el alma, la voluntad; mas una vez entregado á ella *por completo*, comunican un encanto tan grande á la vida, una paz tan deliciosa, que no podemos pasarnos sin la voluntad que gobierna la nuestra.

«Obedeced—decía una monja que había gozado toda la dicha que procura esta virtud,—y obedeciendo agotaréis la fuente de todos los pecados; un alma obediente es, en cierto modo, impecable.

»Obedeced, y obedeciendo llenaréis vuestra vida de merecimientos; cada acto, cada humillación, cada paso será un diamante añadido á vuestra corona.

»Obedeced, y obedeciendo estaréis siempre contenta, porque siempre tendréis la certeza de haber cumplido la voluntad divina.»

(1) Recordaréis que cuando erais niñas y se os enseñaba á escribir os decían que os dejaseis llevar la mano sin hacer otro movimiento que el que impulsaba la mano experta, á fin de acostumbrar la vuestra á formar los trazos de las letras. Á no ser por eso, no hubierais hecho otra cosa que emborronar papel.

Pues bien; para ser buena religiosa no se os dice: *dejad la mano muerta y que siga el movimiento de la nuestra*, sino: *dejad muerta la voluntad y no tengáis otra que la de vuestra superiora; sin esta condición, vuestra virtud no será otra cosa que un borronero espiritual.*

MOTIVOS DE OBEDIENCIA

1.º *La excelencia de esta virtud.*—Excede á todos los sacrificios que pudieran ofrecerse á Dios, porque nuestra *voluntad*, que es lo que le ofrecemos, es algo más grande y más perfecto que todas las víctimas del mundo. Y por eso á Saúl, que había reservado diez animales para ofrecerlos en sacrificio á Dios á pesar del mandato especial que le había sido hecho, le dijo Samuel que no obedecer era una especie de idolatría, y que *la obediencia tenía más valor que todas las víctimas.*

2.º *El mérito de esta virtud.*—Presta un valor tal á todos los actos, que las más sencillas prácticas regulares, un *ayuno*, por ejemplo, hecho por motivo de obediencia (sobre todo cuando siendo profesa se ha pronunciado el voto) no tiene solamente el mérito de la virtud de religión, la más perfecta de las virtudes morales, sino que iguala al de la caridad, y permite adquirir á la que lo ejecuta méritos que no adquiriría con la más austera penitencia cumplida fuera del círculo de la obediencia. De un alma religiosa puede decirse que, aun trabajando poco, cuando obra por obediencia debida merece siempre mucho.

3.º *De la seguridad que ofrece esta virtud.*—Un inferior, obedeciendo á un superior en aquello que no es opuesto á los mandamientos de Dios, está seguro de no equivocarse nunca ante Dios, y aun de hacer cosas desagradables al Altísimo, aunque el superior se equivocara

en sus mandatos. La obediencia es siempre una exculpación ante el Señor; y si, por decirlo de algún modo, Dios reconviniera á un alma por no haber hecho bastante penitencia, el alma podría manifestar en su abono que no se le ha permitido hacer más, y su conducta sería tomada en cuenta por la Providencia divina.

4.º *El ejemplo de Jesucristo.*—Toda la vida del Salvador no fué más que una prolongada obediencia. *Mi alimento*, decía, *es hacer la voluntad de mi Padre.* Fué obediente á su Madre, á sus verdugos; lo fué hasta en la cruz. Vivió en la obediencia para morir en ella; *prefiriendo*, expone San Bernardo, *perder la vida á perder la obediencia.*

PRÁCTICAS DE OBEDIENCIA

Acostumbraos á ver á Dios en la persona de vuestra superiora, y á oír las órdenes que os dé como si vinieran de Dios.

Dios no os hablará directamente; no os dirá por la mañana: *haz esto y luego esto otro.....*; pero hace que se os diga por la persona legítimamente designada para dirigiros.

Si tenéis esta convicción, y la tenéis pues sólo habéis venido al noviciado para cumplir la voluntad de Dios de un modo más expreso que en el mundo; sabiendo que esa voluntad no se manifiesta sino por vuestros superiores, ningún esfuerzo os costará obedecerla.

Dejad á vuestra superiora plena y completa libertad de encargaros una ocupación ó releva-

ros de ella; de señalaros un puesto ó que paséis á otro; de encomendaros una labor ó impedir que la concluyáis, de suerte que, cuando os llame, estéis siempre dispuesta á preguntar li-
samente: *¿qué quiere que haga?*

No razonéis jamás acerca del motivo, de la oportunidad ó la naturaleza del mandato que se os haga.

Quieren, lo hago; no lo quieren, no lo hago: me envían, voy. Estos deben ser vuestro lenguaje y pensamiento.

No tratéis de buscar nunca en vuestro interior el motivo de una orden, de un consejo ó de una reconvención.

Si vuestra superiora yerra, ella y no vos-otras seréis del error responsables ante Dios. Si no adivináis el objeto que se propone, ¿qué os importa? Sólo os toca aceptar ú obrar.

Obedeced *pronto*, sin retraso, sin espera, sin vacilación, dejando lo que estuviéreis haciendo para hacer lo que os manden, y estad dispuestas á contestar en todo momento: *¡Aquí estoy!*

Obedeced *por completo* en lo que os guste como en lo que os desagrede, en lo que os moleste y disguste como en lo que os complazca; para el reposo y para el trabajo, para hablar ó

para callaros, para disfrutar un solaz ó para sufrir una privación.

Obedeced con *alegría*.....; y ¿cómo no? Si estáis segura de que obedecéis á Dios, ¿cómo no hacerlo con regocijo? ¡Ah, Dios mío, Dios mío, estar segura en todos los instantes de que hago lo que queréis, que os complazco, que os glorifico!..... ¡Qué felicidad!

No hagáis *nada sin permiso*, aun las cosas más ordinarias, á menos que los mismos deberes de vuestro cargo las motiven; así, por ese medio, se prueba la susceptibilidad de la conciencia y el deseo que nos anima de servir á Dios.

No pidáis los permisos ó licencias á medias palabras, en términos oscuros, como si temierais ser comprendidas; no insistáis, *volviendo á la carga*, con inoportunidad, de suerte que *arranquéis* un permiso que no se os quiere conceder.

En general, una buena religiosa necesita muy pocos permisos, fuera de aquéllos que la regla diga que deben solicitarse.

Cumplid escrupulosamente, sin inquietud y con el ánimo resuelto de quien trata de servir á Dios, aquello que se os mande.—No deis á un permiso recibido más alcance ó extensión

del que realmente tiene, ni en cuanto al tiempo, ni en cuanto al lugar, ni en cuanto á las circunstancias; y cada vez que hayáis de solicitar un permiso, estad dispuestas á recibir una negativa (1).

LIGERAS REFLEXIONES RESPECTO Á LA OBEDIENCIA

Si Jesucristo se hiciera visible á mis ojos y me hablase, á la primera inflexión de su voz, ¿no abandonaría yo todo cuanto me ocupa actualmente, por necesario ó útil que me pareciera?

¿No dejaría por concluir la sílaba, y aun la letra empezada, para volar adonde me llamase?

¿Esperaría siquiera á que me hablase, una vez que por el gesto ó el ademán hubiera podido adivinar su deseo? ¿Aguardaría á que se explicara más?

Si Jesucristo se hiciera visible, ¿establecería yo alguna diferencia entre las cosas que me ordenase, fueran éstas grandes ó pequeñas?

(1) En nuestro *Libro de las Profesas* indicaremos, para refutarlos, los pretextos que el demonio enseña á las religiosas para impedirles obedecer, ó cuando menos privarlas del mérito de la obediencia.

El demonio ataca menos fácilmente á las novicias en este punto concreto; las teme, sobre todo si conservan la sencillez, *sancta simplicitas*, con la cual entraron en el noviciado, y si conservan los afectuosos sentimientos que es hacen ver una *madre* en la superiora y en la maestra, y *hermanas* en sus compañeras.

¿Me atrevería á decirle: *Es muy difícil; me costaría mucho trabajo; perjudicaría á mi salud* (1)?

¿Osaría pensar en el fondo de mi alma, donde *El* leería como en un libro abierto: *Exige mucho de mí; no pide á otra nada tan difícil?*

Si Cristo-Jesús se hiciera visible, ¿le asediaría hasta que me hubiera concedido lo que deseo, hasta que dejara satisfecha mi vanidad y mi gusto, hasta lo que reclama más bien mi capricho, mejor que la necesidad?

¿A fuerza de razonamientos y circunloquios, fruto de la hipocresía, y no de sentimiento, de sumisión y respeto, ¿trataría de hacerle participar de mi voluntad?

Si Jesucristo se hiciera visible, ¿meditaría yo, murmuraría yo de sus órdenes, hasta tanto que no las hallase plenamente justificadas?

¿Encontraría dificultad para creer que puede haber más sólidas razones que las mías, aunque yo no las entienda?

¿No creería que todo cuanto manda es santo, bueno, conveniente, y que debo siempre obedecerle en todo?

¿No me tendría por dichosa de estar á sus

(1) Siempre que un alma religiosa falta voluntariamente á un precepto de su regla, puede decirse con razón: *En esto hago de cierto lo que Dios no quiere que haga.*

órdenes y de haber sido elegida para ejecutar su voluntad?

Pues si sé que, en virtud de mi regla, es Jesús quien me manda cuando me mandan mis superiores, ¿no es á Jesucristo á quien obedezco cuando les obedezco á ellos?

¡Ah, y cuán presto cesarían—bien comprendida esta idea—toda murmuración, toda repugnancia y toda pereza!

¡Dios mío, ayudadme á comprenderla, á amarla, á dejarme guiar por ella!

II

La caridad fraternal.

«*¡Hijos míos, amaos los unos á los otros!*» Estas conmovedoras palabras del apóstol san Juan querriamos que fueran repetidas todas las mañanas por la superiora ó por la maestra á sus novicias, reunidas para practicar el primer ejercicio del día, diciéndolas: *¡Hermanas mías, amaos mucho; amémonos muy de veras!*

Y como el apóstol podría responder si le preguntasen: ¿por qué nos repetís siempre lo mismo?

«*Amaos, hermanas mías, y el noviciado será una imagen del cielo.*»

Sí; una imagen del cielo será el noviciado donde todas las hermanas se amen. ¡Amarse!, es decir, soportarse, ayudarse, estimarse, hacerse dichosas; cuidarse, hacerse agradables; perfeccionarse, sostenerse, conducir las unas á

las otras al cielo..... ¡Oh, Dios mío! Acaso fuera todo eso demasiado bello.

No alcanzaremos tal vez esa perfección; pero debemos emplear todas nuestras fuerzas para lograrla.

La caridad debe ser la virtud predilecta de las casas de religión; es la virtud particular del corazón de Jesús; es la riqueza, la gloria, el honor de una comunidad; constituye su encanto, aleja la tristeza, estrecha los lazos de unión, prepara á todos los individuos del convento una muerte dulce, tranquila, sonriente, apacible, y les asegura toda una eternidad de amor y de paz.

MOTIVOS DE CARIDAD FRATERNAL

1.º *La obligación de esta virtud.*—Es el fin de uno de los preceptos de Jesucristo: «*Os mando amaros unos á otros.*» Sin duda los otros preceptos son también mandamientos del Señor; pero el de amar al prójimo lo es muy particular. «*Es mi mandato*, dijo Jesucristo, es aquel cuya observancia estimo en más.»

Forma el carácter distintivo de los verdaderos fieles de Jesús. «*Seréis reconocidos por discípulos míos*, dijo, no porque os entreguéis á la mortificación ni á la oración, sino *si tenéis caridad los unos para con los otros*»; de donde se sigue que, el que no tenga esa caridad, no será reconocido por Jesucristo.

Así como no puede uno salvarse si no ama á Dios, así tampoco puede salvarse si no ama á

su prójimo; los dos mandamientos no forman sino uno solo, según las mismas palabras de Jesucristo.

2.º *El mérito de esta virtud.*—«La caridad es el precepto del Señor, dice san Juan. *Si os amáis unos á otros, con eso basta para salvaros.*» ¡Qué consoladoras palabras!

La caridad nos alcanza la remisión de nuestros pecados. «*Ella oculta la fealdad de nuestros delitos*», dice san Pedro. Dios nos ha prometido solemnemente hacer con nosotros lo que nosotros hubiéramos hecho con los demás. Si amamos á nuestro prójimo, nos amará; si le perdonamos, nos perdonará. ¿Quién no se sentirá movido por tal certidumbre?

3.º *El ejemplo de Jesucristo.*— Por el amor vino á la tierra, por amor sufrió, por amor ha muerto. Toda la vida de Jesucristo no es otra cosa que una serie de actos de caridad; busca al pobre, al culpable; le advierte, le instruye, le defiende, le sufre, le perdona. Una de sus últimas palabras fué una palabra de amor y de perdón.

PRÁCTICAS DE CARIDAD FRATERNAL

Tened á todas vuestras hermanas en mucha estima y veneración.

Son, como vosotras, almas privilegiadas y elegidas por Dios entre multitud de jóvenes; son muy queridas por Jesucristo, aun cuando tengan defectos; han sido llamadas como vosotras, para ser grandes santas en el cielo. Acordaos de que, refiriéndose á cada una de

ellas, os dice Jesucristo: «*Como la amares te amaré; lo que con ella hicieres haré contigo; como la juzgues serás juzgada.*»

Acercaos siempre á vuestras hermanas con semblante franco, natural, cariñoso, que les permita acercárseos sin temor, sin excitación, y que les muestre que os dirigís á ellas sin ocultas miras.

Evitad el hacer sufrir á ninguna de ellas, sea en lo que fuere; y si tenéis que realizar una labor con una compañera, dejadla lo que sea más fácil; Dios os lo premiará.

Soportad á todas vuestras hermanas, si no con la sonrisa de la benevolencia, difícil de mostrar á veces, cuando menos con la paciencia, con la cual os soporta Dios á vosotras.

Pensad con frecuencia, como enérgicamente os lo dice la *Imitación de Cristo* (Kempis), que también vosotras necesitáis que vuestras hermanas os soporten.

Si no tenéis el valor y la virtud para reunir á las que no simpatizan con vosotras, no huyáis al menos de ellas de un modo ostensible.

Cuando la Providencia os ponga junto á ellas, mostraos buenas, tolerantes, afables.

¡Pensad en el placer que causaréis al cora-

zón de Jesús no rechazando un alma amada por El!

No rehuséis á vuestras hermanas ninguno de los servicios que podéis prestarlas.

En eso principalmente será probada la caridad: *favorecerse, ayudar á la que estuviere necesitada, terminar reservadamente la obligación que una compañera no pudo acabar.....*

¡Cuánto ha de agradar á Dios que en una comunidad se practique la dulce virtud del sostén y la ayuda mutua!

Consolad á vuestras hermanas en sus penas y sinsabores; tratad, si advertís en ellas disgusto, de ser más amable y atenta.

El tacto debe servir de guía en este caso, y evitar que queráis borrar en un segundo la aflicción de una compañera á quien sorprendiéreis llorando. *Llorar con los que lloran* es el más seguro medio de consolar una aflicción.

No guardéis nunca *rencor* á ninguna de vuestras compañeras, y aplicaos el precepto del Evangelio: «*No dejéis nunca que se ponga el sol sobre vuestra cólera*», y estas otras expresivas frases de Jesucristo: «*Si al llegar á los pies del altar te acordares de que tu hermana tiene alguna queja de ti, ve primero á reconciliarte con ella, y luego vuelve al altar.*»

Sed la primera á confesar vuestras culpas y á excusaros, aun en el caso de temer una fría acogida.

Si os pareciese que aun no debéis hablar á la hermana que está incomodada con vosotras, procuraos ocasión de prestarle un pequeño favor ó un servicio; sin que lo note con exceso, rogad afectuosamente por ella y poned cuidado en hablar de ella bien.

Formaos la obligación de *disculpar* á todo el mundo; de hacer ver, cuando menos, las buenas cualidades de los demás.

Reconciliad, por los mil medios que vuestro ángel bueno os sugiera, á las que notéis que viven con menos armonía entre sí.

Imponeos la grata misión de llevar do quiera la *alegría*, no estrepitosa, sino franca, afectuosa, amable y sencilla; tomad parte en los recreos, aunque fueren opuestos á vuestra edad y gustos; emplead la amabilidad cuando advirtiereis ciertas tendencias á la hosquedad ó á la murmuración; desplegad los labios para ensanchar los corazones ¡Cuánto bien haréis! ¡Cuán reconocido os quedará Dios por haber alegrado á sus hijos!

Todas las mañanas creaos la obligación de hacer una *limosnita* durante el día; limosna de una palabra de consuelo, de un consejo, de una sonrisa, de una oración, de un servicio....., etc.

III

La humildad.

La humildad, dice santo Tomás, no es por excelencia la primera de las virtudes, pero ocupa el primer lugar entre las virtudes, porque es el fundamento de todas ellas. Un alma humilde no experimenta pena en obedecer ó en agradecer.

Siéntele que nada le es *debido* y que ella *debe* á todo el mundo á causa del favor que se le ha hecho recibéndola en la comunidad y del que se le hace sosteniéndola, y es feliz por poder mostrar su reconocimiento trabajando y tratando de ser placentera.

Esa alma está contenta de todo: del más tosco vestido, del más bajo empleo, de la alimentación menos suculenta, del olvido en que se la deja.....; no supone nunca que pueda causársele perjuicio, ni menos que se la quiera mal.... Con tal modo de pensar, una novicia se ahorra ó evita multitud de esos disgustillos y molestias que en los conventos atormentan, mortifican y terminan en ocasiones por ser insoportables.

La humildad es una de las virtudes más difíciles de adquirir.

Se la conquista merced á frecuentes meditaciones sobre la vida obscura, oculta, casi escondida en el olvido de Nuestro Señor Jesucristo, en el silencio con el cual respondía el divino Maestro á los ultrajes que le eran infe-

ridos; con el recuerdo de nuestros peculiares defectos, que, de ser conocidos, nos causarían vergüenza propia y menosprecio ajeno; pensando en que sólo somos *depositarios* del talento y de la habilidad que tenemos, y que si nos atribuimos la menor gloria, la hurtamos á la de Dios, que nos obligará á restituirla. Se alcanza principalmente por la *repetición* de los actos de que ahora hablaremos, los cuales, ejecutados á presencia de Dios, atraerán seguramente la gracia á nuestra alma.

MOTIVOS DE LA HUMILDAD

1.º *La excelencia de esta virtud.*—Es la guardiana y custodia de las restantes; las conserva, por decirlo así, encerradas é impide que nos las quiten. Dice San Gregorio que el que reuniera las otras virtudes sin la de la humildad, se asemejaría al que, atesorando polvos de oro ú otra materia preciosa, los dejara expuestos al capricho de los vientos. El que no es humilde no puede ser casto, dice otro santo.

Toda vez que el orgullo es el principio de todo pecado, según las Sagradas Escrituras, porque todo pecado tiene origen en la rebelión del pecador que quiere realizar su voluntad y no la divina, por la razón opuesta la humildad será el *manantial de todas las virtudes*, pues somete el alma á Dios y cumple en todo sus designios.

2.º *El mérito de esta virtud.*—Apacigua la cólera celeste, según podemos ver en distintas páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

David, Manasés, Achab no son castigados porque se humillan; el publicano fué justo por haber sido humilde.

Atrae la benevolente mirada de Dios, que se complace con los pequeños y los humildes, que resiste á los orgullosos y concede su gracia á los que se inclinan ante El.

Nos hace amar de todos, porque esta virtud nos conduce á no contrariar á nadie, á ceder con todos y á ser para todo el mundo servicial.

3.º *El ejemplo de Jesucristo.*—El nos recomienda expresamente esta virtud como una de las que deben hacernos semejantes á El. *Aprended de mí*, nos dice, no á hacer milagros, sino á ser *dulces y humildes de corazón*. ¡Cuántos ejemplos nos ha dejado, ocultando desde la infancia toda huella de su divinidad, aceptando el ser tratado como criminal, arrojándose ante Judas, lavándole los pies y muriendo, en fin, entre dos ladrones!

PRÁCTICAS DE HUMILDAD

No penséis demasiado en vuestras buenas cualidades, en vuestra habilidad, en vuestro talento.

No os ocupéis en repasar en la memoria el recuerdo de lo que hacíais en el mundo, la estimación en que os tenían, las finezas de que erais objeto.....

*
*
*

No mantengáis vuestra opinión con terquedad y altanería, ni la dejéis sin defensa tam-

poco con ese aire de suficiencia y menosprecio, que parece decir á la persona que os contradice: *Te dejo la victoria porque no se discute con los tontos.*

*
*
*

No queráis saberlo todo, ni ser la primera á dar una noticia á la comunidad.

*
*
*

Debe uno hablar de *si mismo* lo menos posible, y, por lo tanto, no debéis hablar casi nunca de vuestra familia, de vuestro pueblo, de vuestra posición en el mundo, de lo que hubiérais podido ser, de las personas cuyo trato frecuentábais ó de las que vienen á veros.

*
*
*

No conservéis nunca, para repetiroslos, los pensamientos de murmuración, que nacen siempre del orgullo mortificado, y pensad interiormente: *Dios ha permitido que se me olvidara, que se me hiriera, que se me humillase, y ha hecho bien.*

*
*
*

Repetid algunas veces en presencia del Santísimo Sacramento estas palabras del libro de la *Imitación*, como si el mismo Jesucristo os las dirigiera: *¿Quieres aprender algo que te sirva de verdadero provecho? Aprende á querer vivir ignorada y á no ser tenida en cuenta*

para nada. Recitad las Letanias de la humildad, que hallaréis en el capítulo relativo á las Máximas del noviciado (vi, ó siguiente á éste).

*
* *

No ambicionéis cargo ni empleo alguno; contestad con sencillez á las preguntas de vuestros superiores, referentes á vuestra aptitud y á las ocupaciones á que os entregabais en el mundo..... y permaneced tranquilas.

*
* *

No os disculpéis con excesiva vivacidad, ni aun cuando creyeráis tener razón, y haced toda clase de esfuerzos para olvidar quién fué la persona que pudo mortificaros.

*
* *

Borrad de vuestra presencia todo aspecto de altanería y suficiencia, todo modo de vestiros que parezca pretencioso, toda manera de andar mundana ú orgullosa; de vuestro lenguaje apartad toda palabra semejante al mandato seco ó poco afable, de vuestra entonación todo cuanto pueda parecer imperioso ó brusco.

*
* *

Obligaos alguna vez á no reclamar en algunos días, por espíritu de humildad, alguna cosa que no os sea absolutamente necesaria y que se hayan olvidado de daros.

*
* *

Pedid siempre toda clase de permisos en los términos y en la actitud exigidos por la regla y la costumbre. En algunas casas de religión todo permiso se pide de rodillas.

*
* *

Si vuestro vestido es menos elegante, más tosco que el vestido de las demás; si no está tan bien cortado, no os quejéis y usadlo como si no hubiérais reparado en ello; que siempre hagáis lo mismo en cuanto sea de vuestro uso: *libro menos nuevo, rosario un poco usado, ropas blancas menos cómodas, etc.*

*
* *

Pedid, pero sin afectación, desempeñar los quehaceres que de ordinario repugnan á la naturaleza, ó aquellos que ejecutan los criados en las casas, y aceptad siempre gustosas los que os propongan: *barrer, fregar la vajilla, etc.*

*
* *

Consideraos ante Dios como *criada de las otras*, y de vez en cuando, sin que nadie se dé cuenta de ello, obrad para con todos como si en verdad fueseis la sirviente de todos.

*
* *

Si la bondad divina os ha dotado de algunos méritos particulares (destreza manual, voz

suave y armoniosa, buen gusto para adornar....., etc.), no paréis la atención en ello; pero tampoco os hagáis rogar con el pretexto de *no saber*, de *no tener maña* ú otros, tales cuando se trate de prestar un servicio ó de divertirse á los demás.

*
* *

No habléis con exceso de *vuestra pobreza espiritual*, de *vuestro poco amor á Dios*, ni afectéis menospreciaros en todo, ó decir que sois *la más humilde*, *la menos capaz*..... Pensadlo si podéis, pero no lo digáis. Con frecuencia hay en decirlo más de amor propio que de humildad.

IV

La mortificación.

Al llegar del mundo á la comunidad es necesario que *arranquéis* de vuestro corazón multitud de cosas, y lo mismo del espíritu, de la imaginación, de los sentidos, pues esas cosas las había producido y conservado el mundo; no son malas, acaso, en sí, pero son incompatibles con la vida de religión. Santa Chantal las resume así: «Es de suma trascendencia no recibir las jóvenes que tengan una verdadera complacencia en atender á su fisonomía, un amor excesivo á su cuerpo y aun mayor á su talento.» Cada clima da diferentes productos. El *clima*, por decirlo así, de la vida religiosa no puede producir los productos de la vida mundana.

El renunciar á esos productos del mundo es lo que se llama *mortificación* (*mors, mortis*, muerte); porque así como las ramas separadas del tronco que les comunicaba la vida *mueren*, así los pensamientos, los deseos, los afectos *mueren* también separados de la voluntad que los produce.

Sobre la puerta de todo noviciado sería conveniente escribir estas palabras de Jesús:

«*El que me ame, que lo deje todo y me siga.*»

Y en la sala del noviciado sería preciso escribir estas frases de la *Imitación*:

«*Haréis los progresos en la senda de la virtud á medida que renunciéis al mundo.*»

¿De qué hemos de desprendernos?

Pronto lo habréis conocido por poco atentamente que oigáis las lecciones de vuestra maestra, que leáis vuestra regla, que veáis cómo se conducen vuestras compañeras más antiguas, y sobre todo, que os esmeréis en obedecer la voz de vuestra conciencia (I).

MOTIVOS DE MORTIFICACIÓN

1.º *La necesidad de esta virtud.*—Jesucristo ha dicho: «*Si alguno quisiere venir á mí, que lo deje todo, que tome la cruz todos los días y*

(I) No queremos hablar de las mortificaciones corporales, como ayunos, disciplinas, cilicios, etc. Una religiosa no puede permitirse ninguno de esos actos sin autorización de su confesor, primero, y de su superiora luego, á menos que la regla profesada por el convento donde se hallare se las imponga.